

En torno a un después del "arte otro"

Cuando el crítico de arte francés Michel Tapié bautizó el arte de nuestra hora, sin duda no presumió cual sería la consecuencia del mismo. Nosotros hoy nos preguntamos, y supongo que nadie se rasgará las vestiduras por ello, que encontrará, qué hallará el mundo en el arte subsiguiente a este «arte otro» («art outre», éste es el nombre que se le da en Francia, apareciendo en otros países con diferentes denominaciones).

Esta pregunta es lo que en verdad interesa, y nadie se ha formulado este interrogante artístico y humano. El «arte otro», como un arte que engendra solamente presentes huye de toda consecuencia clásica, ya sea de estética, o de ética de los valores absolutos que sus vehículos representativos engendran.

¿Qué sorpresa puede depararnos este nuevo estilo? negación a ultranza de la verdad clásica y de los acicates que formularon la catedral del arte moderno desde Goya, o quizá desde los impresionistas, (Goya es un coloso de soledad, es un espíritu grandioso, solo en una época que no comprendió sus últimas consecuencias estéticas de gran contenido humano y de tremenda fuerza ética), hasta las últimas concreciones de la que se ha dado en llamar «escuela de París», con Menessier y Buffet, entre otros? Francamente, creo que la contestación a esta incógnita no puede ofrecer duda.

Puede ocurrir que el arte sea vida, una idea que ya diera Piet Mondrian el genial holandés. El «arte otro» es un proceso que intenta la deshumanización de la que hemos dado en llamar verdad clásica, verdad que puede ser la de una época, creadora de genios y rectora de tiempos, pero de cuya enseñanza y de las posteriores, hemos de sacar a flote, en una época de transición como lo es la nuestra, material para satisfacer las apetencias estéticas de las generaciones actuales y futuras. Creemos en el arte como vida, y vemos en el «arte otro» un batallar a ultranza, un estilo revulsivo que ha de crear nuevas formas de vida. El «arte otro» es revulsivo, dinámico, consume sus propias raíces, y crea conciencias vírgenes, que deben clavar la bandera de la época allí donde el hombre esculpe sus hechos imperecederos, en el mar inmenso de la civilización y de la trascendencia histórica.

Decimos que el «arte otro» intenta la deshumanización del arte clásico, de la verdad clásica. Quizá el concepto no sea del todo exacto, quizá hayamos expuesto un juicio aventurado acerca de esta nueva manifestación estética de nuestra hora. Consideramos al «arte otro» en sí como una introducción magnífica porque el arte sea vida, para que el arte en su concepto total interese la totalidad de los hombres, como expresión más alta de un espíritu superior que mora en nosotros, a veces entre el vejamen y la indiferencia de uno mismo. El futuro que puede abrir esta nueva estética, es amplio y esperanzador, teniendo en cuenta el período de crisis resolutive en que se encuentra el espíritu de las naciones de nuestra Europa. Como he dicho, al crear conciencias vírgenes, aleja a los espíritus de los perjuicios más elementales, y lleva un impulso nuevo para una humanización actual del arte. El «arte otro» no es más que un período combativo que debe acabar con todas las influencias extrañas que empañan nuestro futuro, con conceptos cuyo vigor reconocemos para generaciones anteriores, pero que en nuestro caso, no hacen más que enmohecer el eje total de nuestra vehemencia combativa. Al hablar de combativo, no entroncamos este concepto con lo destructivo, nuestros conceptos tienden siempre, por las vías del respeto y la razón, hacia lo constructivo.

Este después que entrevemos para el «arte otro», es el de un estilo suelto y fundamentalmente humano, guiado por la fuerza religiosa que aparece en los momentos en que el hombre de vuelta de toda conceptología del intelec-

Ha fallecido Marta Toren, y con esta malograda pérdida el séptimo arte se cubre, una vez más de luto. Marta Toren era joven, muy joven, para esta definitiva ausencia. Tenía treinta y un años y llevaba cinco de casada. Una pequeña niña, único hijo de su matrimonio será el recuerdo viviente de la que fué dulce actriz cinematográfica.

Las ocho y cuarto del día diecinueve de este mes fué su hora postrera allá en un hospital de Estocolmo teniendo presente a su marido, el comediógrafo Leonardo Bercovici, quien veía perder a una adorable esposa y el cine a una suave y de-

licada artista, de trato sencillo y de virtudes humanas.

Cuando se evoque su malograda figura, habrá quienes no podrán sustraerse al recuerdo de aquella «Maria Magdalena» que la extinta nos legó en uno de sus mejores films. Otros, quizá sentirán la nostalgia de la belleza indefinible de sus ojos. Aquellos ojos que eran de los más bellos de la pantalla; que reflejaban en todo momento, la plácida hermosura de su nórdica tierra natal.

Unos y otros, no obstante, lamentaremos en pesaroso recuerdo, la ausencia irreparable de la que fué admirable y delicada Marta Toren.

Teatro Vendaval

En el salón de espectáculos del Centro Parroquial Catequístico, la Agrupación titular de dicho salón presentó el domingo pasado, la obra dramática «Vendaval», de José Castillo Escalona, genial intérprete del «Pare Molins» en «La Ferida lluminosa».

Si ya de por sí, alienta ver a un puñado de jóvenes de ambos sexos, en nuestra ciudad, mantenerse firmes en el cultivo de las cosas espirituales que anidan en su existencia, cuando parece cundir tanta indiferencia y tanta chabacanería entre nosotros, mucho más es admisible cuando este cultivo nos es traspasado en la representación de una tal obra

que ha sido producto de muchos ensayos y sacrificios. Mucho más lo será también, porque en la tal representación se nos demostraba como el elenco artístico compuesto por aquellos jóvenes ponía a prueba el empeño de dejar a buen nombre la agrupación por ellos representada. Era ardua la tarea, pero cuando se lleva una gran inclinación por las tablas como lo vienen demostrando estos jóvenes, entonces se sale airoso del cometido, como se demostró con el aplauso unánime y con la emoción que todo el público prodigó a la ejecución de una obra como «Vendaval».

to, entra en un período místico, en el cual lo humano, en una acuciante necesidad, halla como fuente previsiva y segura, la ética religiosa con todas sus consecuencias revalorativas del hombre — con mayúscula —.

En el aspecto ético hemos intentado sistematizar la cuestión en pocas palabras, ahora nos queda puntualizar en lo posible el aspecto estético. La pintura en sus concreciones que abarcan ya futuros, tiende a la monumentalidad — al hablar de monumental, restrinjo el sentido dejándolo como sinónimo de mural, pintura mural —. La parte física de esta pintura será una síntesis conclusiva del esquema figurativo y del símbolo insinuante, eje de sangre y de vida, de lo abstracto — abstracto en su verdad fundamental nunca como mera pirueta del espíritu —.

Este «arte otro», lanzado a la palestra al cual muchos vuelven la espalda, crea, como he dicho, conciencias vírgenes y, en verdad, andamos necesitados del hecho virgen, en el abigarrado campo del arte de nuestros días, donde estilos sin mensaje alguno ya, continúan polulando entre nosotros, entorpeciendo el avance del arte como hecho conclusivo y expresión de vida. — Luis Bosch. C.